

ct

Las manos pequeñas

de

Javier Vicedo Alós y Andrés Barba

(fragmento)

9.

Penumbra. Suena en loop el comienzo de Smell of Incense de West Coast Pop Art Experimental Band. En medio de la oscuridad y repartidas en las camas las niñas duermen hasta que de pronto se empiezan a encender linternas, cada niña dispone de una. Vemos el rostro de una niña, unas manos, unos pies, restos parciales iluminados por las linternas de las niñas. Lentamente todas comienzan a agitarse en sus camas. Hay en sus movimientos algo nervioso y eléctrico. Tras un segundo ruido, indudablemente una señal, las niñas se incorporarán y salen de sus camas de manera acompasada, como si presenciáramos un ritual. Una vez fuera de las camas, da la impresión de que algunas se deslizan, otras caminan de puntillas, como si no quisieran marcar su peso sobre el suelo. Haciendo círculos cada vez más cerrados van aproximándose a la cama de Marina. Tras formar un corro compacto alrededor de su cama, Marina enciende una luz y se incorpora de golpe. El juego va a empezar.

MARINA

Tú

NIÑA 3

No esperaba más. Decía, sencillamente: “Tú”.

NIÑA 1

El último vínculo con la casa y con lo diurno se rompía entonces. Para nosotras la muñeca moría ya de su vida normal.

NIÑA 2

A una señal de Marina comenzábamos a desnudar a la elegida.

NIÑA 4

La desnudábamos y se iba haciendo cada vez más pequeña, más densa. Desaparecía su olor.

NIÑA 5

Para ocultarnos que sentíamos miedo probábamos a hacer muecas, a contar chistes. Alguna incluso cantaba.

MARINA

Hay que quitarle toda la ropa.

NIÑA 2 y 3

¿Toda?

NIÑA 5

¿Las bragas también?

MARINA

Sí. Y luego hay que ponerle este vestido, porque éste es el vestido de la muñeca.

NIÑA 4

Una vez desnuda, Marina decía: “Ahora hay que vestir a la muñeca”.

NIÑA 1

Ninguna muñeca era igual que otra.

NIÑA 5

Unas eran pesadas e informes, como a la búsqueda constante de una expresión que no llegaba nunca.

NIÑA 3

Otras tensas.

NIÑA 2

Otras delicadas y frágiles.

NIÑA 1

Otras nacían ya rotas, muñecas imperfectas con un brazo o una pierna más larga, o con el pelo demasiado grueso.

NIÑA 4

Todavía desnuda, inmóvil, antes de que le pusiéramos el vestido, la muñeca esperaba su rostro.

NIÑA 2

Todas las muñecas cerraban los ojos en esa espera.

NIÑA 5

Al abrir los ojos se veía el gesto concentrado Marina, pintando el rostro de la elegida.

NIÑA 3

Abría muy lentamente la barra de labios y la aplicaba sobre la muñeca.

NIÑA 4

Era como llevar una máscara. Se sentía el lápiz negro bordeando los ojos, haciéndolos profundos.

NIÑA 1

Ya nadie hablaba, se sabía perfectamente dónde estaba cada una y qué sentía.

NIÑA 4

Marina se alejaba un poco para examinar su obra.

MARINA

Ahora eres muñeca.

NIÑA 3

De un solo golpe, sin transición, se era muñeca. Se empezaba a rodar de unas manos a otras, de una cama a otra.

NIÑA 4

Ya no se estaba sola nunca más.

NIÑA 2

Encerrada en la muñeca se amaba con más fuerza, se existía sin moderación.

NIÑA 5

Lo más fácil era pensar que se iba a morir. Pero ese pensamiento, siendo muñeca, carecía también de importancia.

NIÑA 1

Los ojos perdían lentamente su color hasta vaciarse del todo, la temperatura descendía, el corazón espaciaba sus latidos.

NIÑA 2

No se estaba fuera, sino dentro de algo.

Salen todas las niñas menos dos y Marina.

10.

Las dos niñas se sientan a un lado del escenario y una de las niñas pinta la cara de la otra de una forma monstruosa, vemos ese rostro intervenido proyectado en un formato gigante en la pantalla. Marina se sitúa en medio del escenario.

MARINA

¿Por qué durante el día era distinto? La casa despertaba como un hormiguero al sol. Las muñecas se ponían ropa limpia y ya eran las mismas de nuevo. Yo sentía que algo cambiaba entonces: el rencor, la violencia. Una violencia sorda, como si alguien hubiese ordenado: “Ahora odiad a Marina” y todas hubieran obedecido. Bajaban descalzas hasta el baño y mientras se desnudaban para ducharse a veces sentía un golpe. Si me daba la vuelta había allí una cara afilada. Pero no era capaz de decir: “Ha sido ésa”. De la dulzura del juego nocturno no quedaba sino aquella hostilidad incomprensible. Luego llegaba la clase y el rencor se prolongaba en el silencio. El odio de entonces era sólo el envés del amor nocturno. Una mañana apareció escrito en mi mesa: “PUTA” y lo froté con saliva hasta que las letras desaparecieron envueltas en pequeñas perlas negras. Cuando llegó la noche ya había decidido no volver a jugar nunca más pero una a una fueron levantándose las muñecas. Yo les dije que no quería jugar más. Sus rostros eran más delicados que nunca. Había un amor suave que lo impregnaba todo. ¿De qué me habría servido decir: “No quiero jugar porque habéis escrito “PUTA” en mi mesa”? Ya no era verdad la palabra “PUTA”. Un día robé un cuchillo del comedor y cuando llegó la noche dije: “Ahora hay que ver la sangre de la muñeca con el cuchillo sagrado”. Cuando terminé de decir la frase sentí que las palabras eran más grandes que el deseo. Era guapa. Llevaba

gafas. Su rostro era sucio y pequeño. La muñeca siguió inmóvil y yo sentí su tensión. La piel se punteó de frío; una muñeca con piel de gallina. Posé el cuchillo sobre la pierna. La muñeca tembló y se encogió de pronto, se puso pálida. “Ahora hay que darle agua a la muñeca, que tiene sed. Una de vosotras tiene que ir a por un vaso de agua”. Pero nadie se movió entonces. “Yo lo ordeno”. Sentían ganas de llorar y vergüenza de vivir. “Bueno, pues iré yo”, dije y henchida de orgullo fui hasta el cuarto de baño, llené un vaso de agua y volví caminando con cuidado para que no se derramara ni una gota. Antes de llegar me detuve y escupí en él. No por venganza, ni por rabia. Escupí en él y me quedé todavía un instante contemplando mi saliva en el agua, que ahora bebería la muñeca.

11.

Suena Lovers are Strangers de Chinawoman. Las niñas y Marina juegan con el cuerpo de la muñeca. Coreografía exultante, como si esos instantes fueran a convertirse para todas las niñas en uno de los momentos más alegres de su vida. Las niñas van turnándose unas a otras para jugar con la que hace de muñeca, que permanece siempre en una actitud pasiva, dejándose hacer por todas. Acaba la coreografía. Marina sale.

12.

Las niñas vuelven a agruparse conformando una especie de cuerpo único.

NIÑA 1

Nos dijeron: Mirad lo que habéis hecho.

NIÑA 5

Le dieron nombre a todo.

NIÑA 3

¿Cómo puede ser que una cosa se encierre en un nombre y no salga ya nunca?

NIÑA 2

Todo parece más grande cuando se nombra, pero nosotras no lo sabíamos, por eso jugábamos.

NIÑA 4

Todas éramos amantes y el juego nuestro amor.

NIÑA 1

Mirábamos las letras de nuestros nombres en los cajones e imaginábamos que una muñeca vivía y brillaba, pero luego nos dijeron *mirad*.

NIÑA 3

La muñeca se había vuelto siniestra, ya no sabíamos qué hacer con ella.

NIÑA 1

Se tumbaba en el césped del jardín y arrancaba briznas de hierba.

NIÑA 2

Otras veces tenía espacios en blanco en su memoria, como si olvidara que la estábamos rodeando.

NIÑA 5

Así llegó aquel día:

La NIÑA 2 se separa del grupo e interpreta el papel de MARINA.

NIÑA 2

Hoy yo seré la muñeca.

NIÑA 4

Pero tú no puedes.

NIÑA 2

¿Por qué no?

NIÑA 3

Porque no.

NIÑA 2

Pero yo quiero.

NIÑA 3

Pero no puedes.

NIÑA 4

La súplica se concentró en sus labios y los contrajo en una sacudida oscura.

NIÑA 2

El juego me lo inventé yo.

NIÑA 1

No importa.

NIÑA 5

Todos los días se acercaba.

NIÑA 2

Pero quiero.

NIÑA 3

No puedes, no puedes.

NIÑA 1

Ser expulsada estaba en su naturaleza.

NIÑA 5

Pero sabía que si seguía insistiendo lo conseguiría. Ya no habría humildad ni súplica en su voz, sólo arrogancia. Se puso a balancearse en el arco de hierro que hay junto a la estatua negra y de pronto todo su cuerpo se tensó. Saltó en medio de nosotras.

NIÑA 2

¡Miradme!

NIÑA 4

No nos atrevimos.

NIÑA 2

¡Miradme idiooooootas!

NIÑA 3

Hubo un largo silencio y supimos que sucedería aquella misma noche.

NIÑA 1

Apretamos los dientes; aquel miedo era algo de lo que podríamos alimentarnos días y días, pero nada había sucedido aún.

NIÑA 5

La noche llegó sin transición. Ya era de noche sobre todas nosotras. La adulta vino y apagó la luz.

NIÑA 1

Primero fue un susurro casi inaudible, luego la voz fue abriéndose en la oscuridad.

NIÑA 4

Supimos dónde estaba exactamente el cuerpo de la muñeca. Estaba quieta y esperaba. Había dejado su cara abierta a nuestra curiosidad por primera vez. Las cejas pequeñas. Los ojos cerrados. La ternura recogida de sus labios. La piel de melocotón de la nuca.

NIÑA 3

Su pelo era más oscuro ahora, más suave.

NIÑA 5

Fascinación del pelo que era fino, fascinación de imaginarse microscópicamente el pelo de Marina como un bosque en el que nosotras podríamos entrar si tuviéramos el tamaño de un mosquito.

NIÑA 4

Fascinación de nuestros secretos a punto de contar. Veíamos ahora de cerca lo que tantos meses

habíamos admirado de lejos; la doblez de la piel en la oreja, el brillo minúsculo de la carne del párpado, los agujeros de la nariz, la piel lisa del cuello que se torcía al llegar al hombro, el dibujo del hueso.

NIÑA 1

Hay que quitarle el camisón.

NIÑA 3

¿Y las bragas también?

NIÑA 1

Sí, las bragas también.

NIÑA 4

Se encogió en un escalofrío y allí, de pronto, apareció su cuerpo.

NIÑA 1

Por las piernas y los brazos sentimos la ternura de las cosas demasiado frágiles, de los juguetes bonitos que hay que tocar con cuidado, por el torso no supimos qué sentir.

NIÑA 3

La cicatriz apenas se veía y bajo el pecho, antes de la barriga, había un pequeño agujero. Pensamos que era bonito.

NIÑA 5

“Es bonito” dijimos, y en el rostro de Marina algo pareció tranquilizarse, sólo un segundo. Incluyó la cabeza hacia atrás, sonriendo.

NIÑA 4

Empezaron los secretos.

NIÑA 5

“Muñeca, yo una vez me hice pis en clase y cuando lo descubrieron quise estar muerta, y pensé muchas veces: ojalá me muriera ahora mismo”.

NIÑA 3

Durante unos minutos nada fue estable en su rostro. Ojos y labios y nariz y boca estaban juntos, pero sin conexión, había que fijarse mucho en ella para recordar que era bonita y que nos gustaba.

NIÑA 5

También su brillo había desaparecido de pronto. Estaba lejos sin haber dejado de estar aquí.

NIÑA 1

“Muñeca, yo a veces me meto debajo de las sábanas y digo todo el rato coño, puta, polla, follar, joder”.

NIÑA 3

Luego, con mucha delicadeza, dejó de sonreír y nosotras nos fijamos en su movimiento tras los párpados. Allí, donde antes había habido unos ojos, había ahora una piel muy fina y silenciosa, atrapada por el párpado que se podía tocar con el dedo y, al tocarlo, se encogía en un pequeño calambre, arrugando las cejas, era como un verano pequeño, y dentro de él, un sol, todo en pequeño.

NIÑA 4

“Muñeca, yo una vez vi al demonio en un sueño y se acercó hasta mí y me comió las piernas, y yo me quedé sin piernas”.

NIÑA 5

Siempre las cosas pequeñas. Descubrimos entonces que el cuerpo de la muñeca se hacía más pequeño que nunca. Y con la pequeñez nacía la fascinación. Porque lo que es pequeño cabe en nuestras manos, y lo podemos tocar y mover, y así adivinar su mecanismo.

NIÑA 1

Alguien cogió la mano de la muñeca y la hizo golpearse con ella. Un juego divertido que la muñeca aceptó, porque era muñeca y las muñecas lo aceptan todo. Porque las muñecas son secas y vacías, y hablan poco, y sus cuerpos pesan con el sueño y son tontas.

NIÑA 4

“Muñeca, cuando llegaste yo quise ser como tú, y te miraba y un día me acerqué a ti y pensé: si le toco el vestido seré como ella. Después te toqué y no pasó nada”.

NIÑA 3

Pero todavía se resistía un poco la muñeca, le cogimos la mano y justo cuando iba a golpear en su cara hizo un poco de fuerza, para que el golpe fuera menos fuerte. Luego, cuando ya llevaba varios golpes, abrió los ojos y dijo muy firme:

NIÑA 2

No quiero.

NIÑA 5

No puedes hablar, eres muñeca.

NIÑA 1

Tres segundos estuvo viva la muñeca, enseguida volvió a cerrarse en sí misma, como si hubiese elegido por fin el juego, y todo lo demás, todo lo que habíamos hecho hasta ahora, no fuera más que el principio. Volvió a cerrar los ojos.

NIÑA 4

“Muñeca, yo a veces digo: mi madre es una puta y me abandonó”.

NIÑA 3

¿Qué pasó entonces? Fue de pronto extraño el juego. Como si algo se hubiese roto en él, y ya nada fuese sencillo, ni la muñeca, ni nosotras.

NIÑA 4

Comenzamos a pintarla. Le hicimos una boca grande, unos ojos enormes. Porque la boca tenía que ser así, muy roja, y los ojos muy negros. La pintamos con fuerza, hipnotizadas por cómo el lápiz se hundía en la piel, y la barra de labios llegaba casi hasta los mofletes.

NIÑA 5

Respiramos el olor del carmín, que era dulce y pastoso, como si la muñeca hubiese reventado igual que el líquido que hay dentro de un caramelo.

NIÑA 1

“Muñeca, yo una vez te pegué y tuve miedo, porque no sabía lo que sentía”.

NIÑA 4

Comenzamos a movernos unas contra otras, sin saber por qué. Lo oídos despiertos, las manos tensas, un sentimiento más grande que nosotras envolvía la habitación, y las camas, y los armarios con nuestros nombres escritos en colores. No sabíamos si reír. Estábamos alegres. Hicimos un corro y comenzamos a girar alrededor de la muñeca.

NIÑA 3

“Muñeca, yo tengo vergüenza todo el tiempo”.

NIÑA 5

La muñeca miró sorprendida, abriendo solo un ojo, el derecho, muy poco. Tenía las manos quietas sobre las rodillas y esperaba, no sabía qué. Tampoco nosotras. Sólo era la velocidad del corro, y saber que algo estaba a punto de saltar como un resorte, la seguridad de que el corro giraría cada vez más rápido, más rápido, hasta que fuera tan veloz que desaparecería en el aire, y nosotras desapareceríamos con él, y todo desaparecería.

NIÑA 4

“Muñeca, yo te rompí los brazos y la piernas y te enterré donde las orugas”.

NIÑA 1

¿Quién saltó entonces? ¿Fui yo? ¿Fuiste tú?

NIÑA 5

¿Quién atravesó el aire que nos separaba de la muñeca?

NIÑA 3

¿Quién se lanzó primero?

NIÑA 1

Ya sólo sentimos la furia. De unos brazos a otros, de unas bocas a otras, todo era saliva y furia.

NIÑA 4

Alguien tuvo que taparle la boca a la muñeca para que no gritara.

NIÑA 3

¿Fui yo? ¿Fuiste tú?

NIÑA 1

Alguien tuvo que empujarla porque todas nos caímos al suelo y seguimos sobre ella.

NIÑA 5

Alguien tuvo que sujetarla para que dejara de patalear y se quedara así de quieta, tan quieta como ninguna otra muñeca se había quedado, tan quieta que tardamos en recuperar la respiración.

NIÑA 3

“Muñeca, yo lloré muchos días y te eché de menos”.

NIÑA 4

Jugamos toda la noche con ella, tan inmóvil.

NIÑA 1

Luego, colmadas por el agradecimiento y la alegría, nos sentamos a su alrededor y una a una le besamos los labios muy lentamente, como si comiéramos.

FIN